

# DE LIBROS Y VIAJEROS

(DESDE EL SIGLO XIX HASTA PRINCIPIOS DEL XX)

JAIME-AXEL RUIZ BAUDRIHAYE  
EDITORIAL LA LÍNEA DEL HORIZONTE

El viaje es la vida y la vida es un viaje. El viaje ha sido considerado como una metáfora de la vida. Hasta la lengua revela esa identificación, pues el destino, geográfico o vital, se expresa en español con la misma palabra. Por eso el libro de viaje es tan antiguo como la literatura, incluso tanto como la escritura.

El viajero escritor es el *médium*, el intérprete entre los países, pueblos o parajes que describe y enseña y el lector, entre el destino y el futuro visitante. El *viajero* es un intérprete de señales. Parte de su conocimiento previo y, mientras viaja, ha de *referirse a, señalar, relacionar con*. Es un intérprete con dos herramientas: la lengua y el conocimiento. Recuérdese que de la misma etimología vienen las palabras signo, significado, significante y enseñar.

El libro de viaje es también una forma de declararse. El autor se refleja en su relato, se descubre. Intenta comprender el país, el pueblo, su arte, su historia, su idiosincrasia. Su finalidad es el conocimiento, pero este es tributario de sus propios preconceptos. Por eso los relatos suelen ser parciales, contradictorios, a veces hasta ilusorios o imaginarios. Y el mismo lugar es descrito siempre de manera diferente según quién lo haga.

## LOS VIAJEROS ESCRITORES

Su verosimilitud o exactitud nos resulta a menudo accesoria porque son libros de autor, porque hay un escritor, si no, sería un mero inventario,

un repertorio de establecimientos, de hoteles, restaurantes y museos, en definitiva, una guía. El libro de viajes y la guía de viaje son dos productos distintos, pues el primero es una expresión de descubrimiento, de sentimiento y hasta de ficción (salir del propio territorio, del paraje conocido, exige un conocimiento y una capacidad de comprender), mientras que la guía se atiene a datos objetivos, a lo cierto, a los servicios, a los mapas y distancias. El relato de viajes es subjetivo; la guía, objetiva. Pasión y razón serán los dos vértices que determinen una u otra perspectiva. El escritor de viajes solo tiene por orientación su propia voluntad, su deseo de aventura, de encontrarse con lo inesperado. La guía está organizada para servir de instrumento, inicialmente al comerciante, después al viajero ocioso; mientras que el libro o relato de viaje cae en el dominio del artista, del escritor, del poeta, del historiador. Ayuda a comprender un pueblo, un país, mientras que la guía es una herramienta que ayuda a recorrer un territorio.

Son los escritores viajeros los que determinan y forman la imagen y la memoria, los que de lo circunstancial y efímero harán un nombre. Ello puede contribuir a la deformación y a un reforzado acento en lo exótico pues es lo diferente lo que sorprende. La imagen queda formada por impresiones y queda así estabilizada, ligada a un paisaje, a un lugar que confirma y preserva la memoria, por ejemplo, los castillos, la Alhambra, el pasado medieval y épico. La memoria de un lugar termina constituyendo su imagen. Como la fotografía y otros medios más objetivos no existen todavía o son muy limitados, la imagen que se fija y se difunde en el siglo XIX es una especie de museo imaginario que el propio viajero se ha construido. La metáfora, la imaginación, hasta la invención pura, jugarán un papel muy importante en esos relatos de viajeros. Podría compararse a los paisajes impresionistas: queda la sensación, el ambiente, si bien algo deformado, a menudo más certero que una descripción literal, que una fotografía.

La imagen que se transmite en un libro de viaje está basada en los prejuicios o preconceptos del viajero y en el pasado histórico del país. Véase el acento que ponen los viajeros románticos en el pasado musulmán, que distingue a España de sus vecinos y la hace «diferente». El

viajero escritor ve lo que quiere ver, es decir, parte de una idea o imagen previa del país que va a visitar. Su deseo no es tanto informar como sugerir o hacer soñar, mezclando incluso la ficción, la leyenda, el exotismo con sus conocimientos históricos y su cultura personal. En los lectores esta imagen queda después cristalizada.

En el siglo XVIII, y a partir del inicio de su lenta decadencia como imperio, España había quedado fuera de las rutas de viajes culturales. Estaba ya en una posición excéntrica, periférica. El *Grand Tour* se dirigía a Italia, incluso a Grecia. Paradójicamente, será un acontecimiento negativo, la invasión napoleónica, el que modificará el escenario europeo y hará que, tras la Guerra de la Independencia, España vuelva a ser objeto de curiosidad, sobre todo entre los viajeros franceses e ingleses, las dos nacionalidades protagonistas del esfuerzo bélico.

Los primeros relatos de esa España del XIX, que había sido postergada en el concierto europeo, vendrán en forma de recuerdos y memorias militares. No en vano cerca de doscientos mil soldados franceses, periódicamente relevados, permanecen en la península durante cinco años, además de más de ochenta mil ingleses. Uno de los más conocidos memorialistas será el general Hugo, padre del escritor Victor Hugo, así como decenas de otros militares y oficiales de élite. Tras estos viajeros militares, vendrán los viajeros puramente románticos, empezando por Chateaubriand. La nostalgia del pasado predomina en este escritor a quien Charles Maurras llamase el «enterrador» o el «sepulturero». Sus viajes son el pretexto para meditar sobre el paso del tiempo («ancho hipódromo para sus pensamientos», que hubiera dicho Ortega y Gasset). Hasta cuando visita los Estados Unidos «gravita hacia el pretérito». Su viaje por España es, como no podía ser menos, una especie de búsqueda del pasado, de desenterrar la memoria, como se manifiesta en *El último abencerraje* (*Aventures du dernier Abencerage*, 1826).

En el imaginario francés estaban grabados los libros de la condesa d'Aulnoy (*Mémoires de la cour d'Espagne*, 1690; *Relation du voyage d'Espagne*, 1691) —cuyas exageraciones, a finales del siglo XVII, determinarían gran parte de las ideas previas de muchos de los escritores que

llegaron un siglo después, como queriendo confirmar sus observaciones—, así como dos figuras prototípicas de España, una histórica y otra literaria, el Cid y don Quijote. La esposa de Junot, la duquesa de Abrantes (Laura Permon) escribirá su muy conocido relato *Souvenirs d'une embassy et d'un séjour en Espagne et en Portugal de 1808 à 1811* (1837), lleno de exageraciones, pero que da a conocer a los franceses otra realidad del país. La emoción lírica del Romanticismo se sobrepondrá a menudo a la realidad. También, en cierto modo, España, uno de los últimos países románticos de Europa, evocará el Oriente y una cierta idea de África («valencianos tostados como cabilios», diría Davillier, «esos cabilios europeos», dirá Gautier). En algunos casos parece como si muchos viajeros del siglo XIX visitasen no un país sino un museo, recreándose en la decadencia, fijándose en todos los detalles que satisficieran su deseo de aventura, de encontrar el pasado en el presente.

El siglo XIX, y sobre todo el Romanticismo, será la época dorada de la literatura de viajes en general, elevando el género a una de las cimas de la literatura. La naturaleza, los colores, la idiosincrasia de los pueblos, el arte, son objeto de atención de estos viajeros. Quedan en la memoria grandes ejemplos de escritores como Goethe, Stendhal o Goncharov que destacaron precisamente por sus relatos de viajes, a menudo más leídos que sus propias obras de ficción. Los escritores franceses que viajan por España serán, en este sentido, los más destacados, tanto por su calidad literaria como por la cantidad, extensión y variedad de sus viajes. María del Mar Serrano contabiliza 441 obras de viajeros franceses frente a 326 en inglés y 129 en alemán (Serrano 1993).

Entre ellos Prosper Mérimée (*Notes de voyages*, 1835-1840), George Sand (*Un hiver à Majorque*, 1855 [cat. 6]) y Théophile Gautier (*Voyage en Espagne*, 1843). Mérimée pasa dos temporadas en España (1830 y 1845). Habla el idioma, tiene amigos españoles y se interesa sobre todo en las gentes, en el pueblo, más que en el paisaje o los monumentos. La imagen positiva que tiene de España es, no obstante, algo siniestra y definitivamente romántica. Georges Sand, cuya estancia en Mallorca consideró como «un cruel error», divulgará una idea negativa de la isla. Finalmente, el viajero más famoso, por ser el

Louis-François Lejeune. *El modo de viajar en España*, 1806-1820. MNR (cat. 10)

más observador, culto y objetivo, amante de la pintura española y gran hispanista, Théophile Gautier, describirá el itinerario clásico, Irún – Granada – Sevilla – Jerez – Cádiz, que será un modelo para otros viajeros. En 1840 emprende su viaje, sintiéndose muy próximo a España con un espíritu romántico y de aventura. Como tantos otros detesta El Escorial, el recuerdo de Felipe II («los muertos del pudridero están más muertos», escribirá), y adora Andalucía. Pero no intenta ni moralizar ni sentar cátedra. Dada su gran cultura, sus comentarios están llenos de referencias a la historia o a la política del momento, sin descuidar el detalle humano sobre la cordialidad, reserva o carácter, honradez o rapiña de las gentes que va encontrando (los rateros son para él más peligrosos que los bandoleros). No deja de pensar constantemente en el pasado musulmán, como buen admirador de Washington Irving, cuyos pasos sigue por Granada, creyendo ver moros en la huerta de Valencia o en las Alpujarras. Gautier se siente tan

inmerso en el romanticismo que en su *Viaje por España* (1840) cita casi con cierta ironía: «¡He aquí la aventura soñada desde hace tanto tiempo! ¡Al fin surgía entre nosotros con todo el romanticismo imaginado! Desgraciadamente los bandidos nos saludaron muy cortésmente con un respetuoso, "Vayan ustedes con Dios"». Al final, de vuelta a Francia, termina el libro con la expresiva frase: «le rêve était fini». El sueño de los románticos acaba, en efecto.

Todavía Stendhal (*Mémoires d'un touriste*, 1838), uno de los primeros que utilizará el término *touriste*, pasará brevemente por España en 1837, en plena guerra carlista y confiesa que ve «al pueblo español como el representante vivo de la Edad Media». En Fuenterrabía se detiene a observar la destrucción producida por los asedios de ingleses y franceses que se batieron por la fortaleza. Al sur de Francia, el escritor irá describiendo lo grande y lo menudo, las incomodidades del viaje y los paisajes.

Edgar Quinet (*Mes vacances en Espagne*, 1846), objetivo, detallista como buen protestante, se verá turbado, sin embargo, por la sombra de la Inquisición. Alexandre Dumas (*Impressions de voyage. De Paris à Cadix*, 1846), que viene para acudir al enlace del duque de Montpensier con la infanta Luisa Fernanda, recomendado por un ministro francés, pondrá el acento en el «decorado» más que en los españoles; en el escenario, los toros, las mujeres y el mudejarismo. Charles Davillier y Gustave Doré, que visitaron España entre 1862-1873 (*Voyage en Espagne*, 1874 [cat. 7]), se detendrán en los toros, las guitarras, el flamenco y la huella de don Quijote. Georges Lecomte (*Espagne*, 1896) se enfrentará en España, como muchos otros, con los dos grandes polos del catolicismo y el islamismo, así como con el pasado inquisitorial, los autos de fe y un cierto gusto sanguinario: «cuando el pueblo se divierte, no se apasiona sino cuando la muerte está ante sus ojos. Una risa inmensa le sacude cuando en la plaza, los caballos despavoridos se enredan en sus propias entrañas que van arrastrando. Vibra de alegría cuando el toro, vomitando sangre, se derrumba pesado y con convulsiones a los pies del glorioso espada». Léon de Rosny (*Taureaux et mantilles: souvenirs d'un voyage en Espagne et en Portugal*, 1894) quedará fascinado por los toros y las mantillas, Auguste Eschenauer (*L'Espagne, impressions et*

*souvenirs, 1880 et 1881, 1882*), por el pasado judío de España y Portugal y Maurice Barrès será seducido por Toledo, El Greco, Andalucía y «la sangre, la voluptuosidad y la muerte» (*Du sang, de la volupté et de la Mort, 1892*).

Varios temas son los que más llaman la atención a los viajeros franceses en esta especie de peregrinación romántica: los toros, los colores, el romancero, los bandidos, los mendigos y el arte, sobre todo la pintura (principalmente, Murillo, Goya, Zurbarán, El Greco y Valdés Leal), pues hay que recordar que esta se puso de moda en Francia en el segundo tercio del siglo XIX, con varias subastas que dispersaron y difundieron colecciones, a menudo producto del saqueo napoleónico, y con exposiciones y numerosos escritos de críticos de la época. Muchos de estos autores aludirán también a la logística del viaje, a los caminos, las diligencias y las horrendas posadas —«l'auberge espagnole» es una expresión todavía utilizada como sinónimo de confusión y desorden, aunque también existe la expresión «chateaux en Espagne» para designar quimeras— y a la indolencia del pueblo y la inutilidad o corrupción de los funcionarios.

Curiosamente, serán relativamente pocos los franceses e ingleses que en la época romántica presten atención a Cataluña y Aragón, regiones más apartadas de la ruta clásica de lo árabe y lo gitano (encarnadas en Andalucía) y que quizá no encajan en la imagen que se quiere destacar. Pero Frédéric Mistral, el gran felibre<sup>1</sup> provenzal, se encargará de valorizar también estas regiones. En el último tercio del siglo XIX aumentan las descripciones de Cataluña y Baleares, impulsadas por un afán ya más histórico y comercial y, respecto al archipiélago, ya casi netamente turístico.

Pero esa sed de aventura y de exotismo, que a menudo distorsiona la realidad, tendrá que afrontar también la amable y definitiva sátira de Alphonse Daudet, *Tartarin de Tarascon* (1872), que, inspirándose en

---

1 Felibres: escritores provenzales que reivindicaban la cultura local, aun sin desdeñar la francesa.

Portadas de *Un hiver à Majorque*, 1867 (cat. 6) y *The Bible in Spain*, 1843 (cat. 3). BNE

un personaje tan conocido por los románticos franceses como don Quijote, toma a risa esos afanes de pintoresquismo de los viajeros recientes que creen ver leyendas vivas y mitos hechos realidad o de aquellos que visitan España con afán orientalista. Daudet, en este sentido, acaba con esos relatos de viaje que muchas veces poco tienen que ver con la realidad. Como dice en su obra, casi resumiendo el talante de tantos viajeros a la ventura: «el hombre del sur no miente, se equivoca. No dice siempre la verdad, pero cree decirla...».

Entre los viajeros de habla inglesa —ya lord Byron en *Childe Harold* (1809) romantizaba España— que marcaron su impronta en la imagen de nuestro país, cabe destacar a Richard Ford (*A hand-book for travellers in Spain and readers at home*, 1845 [cat. 4]) y a Washington Irving (*Cuentos de la Alhambra*, 1832). El primero, precursor de los hispanistas, se adentrará en descripciones y análisis del país, de sus instituciones y costumbres, de los productos españoles, la medicina, etc. No es, en este

sentido, nada romántico sino casi un sociólogo realista, que redacta un completísimo informe diplomático. Irving, norteamericano, historiador, se dejará llevar por la imaginación pero recogiendo también leyendas y descripciones olvidadas. Tras ellos, George Borrow, con *La Biblia en España*, 1843 [cat. 3], ofrecerá un libro marcado por el pasado musulmán, lleno de gitanos, un pueblo que admira y aprecia, en contraste con las clases altas donde «hay menos sentimiento y generosidad», en el que se insistirá en la idiosincrasia y decadencia del país. Un rezagado es el amable y creativo Walter Starkie quien, en 1935, escribirá dos libros, *Las aventuras de un irlandés en España* y *Don Gitano*. Como Borrow un siglo antes, hablaba el caló y viajó a pie por el país, protegido por el duque de Alba, penetrando en los más recónditos lugares y encontrando los últimos restos de la España de leyenda.

Después, en las dos primeras décadas del siglo xx, llegarán nuevos escritores viajeros: Jacques de Lacroette, Francis Carco, Joseph Peyré, Montherlant, Valéry Larbaud —el gran amigo de Ramón Gómez de la Serna— o Philippe Nourry, el historiador e hispanista francés que resumía ese sentimiento especial que muchos franceses sentían hacia España: «partir hacia España es una aventura espiritual; la búsqueda de su esencia, un viaje místico» (*La plus profonde Espagne*, París, 1958). También se perciben residuos del romanticismo en la pasión de todos ellos hacia la guerra de España.

## LAS GUÍAS

Cuando se apaga la llama romántica empieza a difundirse la guía de viaje, que es un producto totalmente diferente; más preciso, es, en definitiva, una herramienta. La facilidad y seguridad de los transportes tras la Paz de Viena, el comercio y la industria serán un incentivo al viaje, ya no restringido a las élites aristocráticas o a los artistas y soñadores, sino abierto a las clases burguesas y comerciantes. La aparición del turismo, de la famosa «clase ociosa»<sup>2</sup>, ve surgir un nuevo oficio

<sup>2</sup> Thorstein Veblen.

George Vivian. «Valencia. Puente real» en el cuaderno de dibujos de *Apuntes de España*, entre 1833 y 1837. BNE (cat. I 1b)

editorial: el editor de mapas y guías. La guía debe ser objetiva, señalar puntualmente las comunicaciones, los medios de transporte, los alojamientos. Las comunicaciones ferroviarias acaban con el romanticismo viajero y a partir de 1870 los libros de viajes a España abandonan la leyenda y se centran más en la historia y la arqueología, el arte y la arquitectura, la antropología y hasta la entomología. Incluso el relato del viaje se hace más descriptivo y científico y menos soñador o imaginario. Numerosas guías españolas y extranjeras van siendo publicadas. Es un país que ofrece posibilidades de inversión, que se ha ido recuperando de los desastres de la Guerra de la Independencia y que posee algunos núcleos industriales y comerciales notables, principalmente en la periferia y sobre todo en el Mediterráneo. Además, cada vez es más fácil viajar. Si en 1858 solo había 850 kilómetros de vía férrea, diez años después serán ya 5.382 kilómetros de ferrocarril, aunque por esas fechas Francia ya tiene cerca de 30.000 kilómetros en explotación y Gran Bretaña, con la mitad de territorio que España, casi 22.000 kilómetros.

De la literatura de viajes, como un subgénero, se pasará, con el incremento de los viajes, a las guías de viajes que corren paralelas al desarrollo de los ferrocarriles, a mediados del siglo XIX, y se multiplicarán con el automóvil. La calidad de los relatos de viaje cambia, pues de la creación (en la que el autor es fundamental) se pasa a la información (donde los datos prevalecen sobre el estilo). La guía, más centrada en los destinos concretos, en la ciudad, establece itinerarios medidos, realizables por cualquier viajero o turista. Mientras el libro de viajes suele estar acompañado de ilustraciones o grabados, a veces imaginarios (como los de Gustave Doré), la guía contiene planos, mapas, itinerarios, horarios, tarifas. La guía es un producto comercial e industrial, sin otro autor que su sello editorial. La revolución industrial supuso una revolución en la forma y destino de los viajes y en la forma de describirlos y prepararlos. Estaban concebidas como un instrumento más que como una pieza literaria. En España aparecieron la *Guía del Viagero en España*, de Francisco de P. Mellado, con los

itinerarios de los «Ferro-carriles» (Madrid, 1863), y la de Eduardo Toda, *Guía de España y Portugal*, 1892 (cat. 8), aunque en 1797 había sido publicada quizás la primera y más completa guía, la temprana *El Viagero Universal* de La Porte, en treinta y siete volúmenes, impresa por Villalpando.

María del Mar Serrano (Serrano 1993) contabiliza 849 guías de viaje de 1800 a 1902, entre urbanas (305), provinciales (132), regionales y generales. De todas, solo una cuarta parte son de autoría española. A partir de 1876, será Cataluña la pionera de las guías de viaje pormenorizadas, gracias a la Associació Catalanista d'Excursions Científiques. Decenas de pequeñas guías de excursionistas cubren el territorio catalán, como ninguno otro en España, atendiendo al arte, la historia, el montañismo y la flora. Los escritores catalanes serán los primeros que irán a la descubierta de su propio país y del resto de la península, como Joan Maragall, Jacinto Verdaguer, Santiago Rusiñol y, más tarde, Coromines. En Castilla habrá que esperar a Unamuno y Azorín, para encontrar ese gusto por la descripción del viaje y del paisaje.

La guía es un aliciente para el viaje, una invitación, así como una ayuda necesaria, imprescindible. Su lenguaje lacónico y preciso debe dejar al viajero espacio para pensar y opinar por sí mismo. Entre los múltiples editores de guías de viajes, tres nombres precursores y emblemáticos merecen ser evocados: Baedeker, John Murray y O'Shea. El nombre de Karl Baedeker (1801-1859) designa, por antonomasia, la guía de viajes. En 1839 publicó su primera guía de viajes por el Rin, mientras que la primera guía sobre España no aparecería hasta 1897. John Murray III (1808-1892) iniciará sus ediciones en 1836, publicando, entre otras, la obra de Ford sobre España. O'Shea publica su primera guía a mediados de siglo, con ediciones repetidas (la de 1905 es la decimotercera). Estas guías incluyen epígrafes sobre el momento idóneo de la estancia, todos los detalles sobre la pintura, la música, monumentos, espectáculos, círculos y clubs, alojamientos, restaurantes, circulación y transporte, servicios, embajadas, legaciones y consulados, bancos, baños públicos y hasta tabacos. En otro registro, Mi-

Portada de *A hand-book for travellers in Spain*, 1845 (cat. 4) y *Espagne et Portugal. Manuel du voyageur*, 1900 (cat. 9). BNE

chelin, una empresa de neumáticos y caucho de Clermont-Ferrand, comienza a editar mapas y guías de viajes en 1900 y su evolución es simultánea al desarrollo del automóvil y las carreteras asfaltadas.

#### HACIA LA INFORMACIÓN OFICIAL

La mirada del otro puede perturbar y molestar. En general, muchos de los libros fueron mal recibidos en España, que se consideraba caricaturizada e injustamente criticada (*El Semanario Pintoresco*, contra Gautier, por ejemplo). Rodríguez Marín y Mesonero Romanos criticarán esta imagen que los escritores extranjeros daban de España. Otros, más cosmopolitas, como Juan Valera, tomarán con humor muchas de las exageraciones. Pero es que España, si no cuidaba su imagen, tampoco protegía bien sus monumentos ni sus riquezas artísticas (las

Comisiones Provinciales de Monumentos se crean en 1844 y tardan mucho en generalizarse y ser efectivas). Habrá que esperar hasta después de la Primera Guerra Mundial para que comiencen a aparecer en muchos países, y en el nuestro también, las primeras Guías oficiales en las que se exalta la identidad nacional. De la información se pasará solapadamente a la propaganda, confundiendo a menudo ambas. Incluso los escritores consagrados no serán ajenos a esta mezcla entre reportaje y propaganda, como en el caso de Vicente Blasco Ibáñez con *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (escrito por encargo en defensa de los aliados en la Primera Guerra Mundial).

El turismo resultará tan importante para la imagen del país, para su desarrollo, que será utilizado por el poder, por el Estado, para legitimarse y transmitir un mensaje favorable. En efecto, pronto los servicios de propaganda y promoción se organizan para que se redacten guías, se hagan películas, se provea un archivo fotográfico. En las sociedades cerradas, la libre iniciativa —y expresión— del viajero puede ser perjudicial para la imagen. En muchos países, las guías se convertirán en instrumentos de comunicación imprescindibles, cuya redacción será supervisada por la autoridad. La selección de lo que «hay que ver y mostrar», lo que el turista «debe ver», será fundamental. En Portugal, en 1940, se creó el Secretariado de Propaganda Nacional, que luego pasaría a ser la Secretaría de Estado de Información, Cultura Popular y Turismo y que en los años setenta del pasado siglo pasó a denominarse Secretaría de Estado de Información y Turismo. En España, con el paralelismo histórico de las dos dictaduras, se creó en 1951 el Ministerio de Información y Turismo. En Europa, el turismo de los países del Este durante el periodo comunista estuvo en manos de los servicios del Estado, con sus propios guías, sus publicaciones y un eficaz servicio de propaganda. Las «autoridades» turísticas (expresión que es casi un contrasentido, pero que revela perfectamente la inagotable intromisión del poder político en una actividad puramente privada bajo el pretexto de ayudar, guiar u orientar al viajero) a menudo han promovido los estereotipos, enfatizando mediante guías, folletos, carteles o películas los aspectos más pintorescos o

típicos y subrayando el pasado, la piedra, el monumento, más que lo actual, lo vivo, lo cambiante.

El libro de viaje decimonónico nos ofrece el placer de saber cómo era el pasado, las gentes, lo que ha cambiado y lo que permanece, al tiempo que posee un interés literario. Aunque siempre queda la duda de hasta qué punto todos esos escritores llegaron a captar la verdadera esencia del país. Por otra parte, aunque las guías de viaje quedan pronto obsoletas y se transforman en un objeto de información urbana, un inventario de calles, edificios, comercios y servicios que ya no existen y que ofrecen una idea de cómo se vivía en una época, sin elementos de valoración subjetivos, cuando son completas —como las O’Shea, John Murray o Baedeker— se convierten en un excelente libro digno de colección.

Para concluir, habría que deshacer la falsa alternativa entre el libro de viaje y las guías de viaje, sobre qué leer para conocer un país, para preparar un viaje o acompañarlo. Son complementarios pues, para conocer mejor un destino necesitamos de ambos, de relatos literarios y de información, de sueños y de datos. Y al fin y al cabo, el viajero puede preguntarse, como Hubert Nyssen, el gran editor y escritor belga, si no es la ficción la representación más interesante de la realidad porque, como también dijera el norteamericano Lionel Trilling: «la sociedad y la política no pueden ser entendidos sin la imaginación literaria». Los libros y relatos de viajes y las buenas guías son necesarios y útiles para realizar un viaje fecundo, enriquecedor y memorable.

## Bibliografía

FOULCHÉ-DELBOSC, Raymond.  
*Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*. Guía de 1926. Edición facsimil. Madrid: Julio Ollero, 1991. 350 p.

FARINELLI, Arturo. *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX*. Roma, 1942. 1355 p.

SERRANO, María del Mar. *Las guías urbanas y los libros de viaje en la España del siglo XIX*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 1993

GARCÍA MERCADAL, José. *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Junta de Castilla y León, 1999. 6 v.

GARCÍA-ROMERAL PÉREZ, Carlos. *Bio-bibliografía de Viajeros españoles, siglo XIX*. Madrid: Ollero & Ramos, 1995